



Columna



Miguel Á. Vergara Villalobos

Doctor en Filosofía (U. de Navarra), Bachiller Canónico en Teología (PUCV)

Una verdad vital

No cabe duda que estamos inmersos en un mundo con una impronta “cientificista”, que acepta como verdadero sólo aquello que se puede cuantificar o replicar en un laboratorio; incluso se cuestiona la utilidad de las humanidades. De ahí el relativismo que nos ahoga y que nos induce a convertir en absolutos, bienes que son efímeros e intrascendentes; o a confundir los medios con los fines. La invitación es a levantar la mirada y abrirnos a una verdad tan vital que puede cambiar nuestras vidas.

“Por sobre el cumplimiento de normas, el llamado es a ‘ser otros cristos’, procurando amar, servir y perdonar a nuestro prójimo”.

Comenzaremos con el pasaje del Evangelio de san Juan, en que el apóstol Tomás le dice a Jesús: “Si no sabemos adónde vas, ¿cómo sabremos el camino?”, a lo que este le contesta: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 5-6). Podemos entender que, con sus enseñanzas, Jesús sea el camino que nos conduce a la vida eterna, pero resulta menos intuitivo que además sea la verdad. Esto es lo que intentaremos aclarar.

Lamentablemente, el escepticismo de Pilato, sumado a su prisa por finalizar el arbitrario proceso a que fue sometido Jesús, nos privó de conocer la respuesta divina a la pregunta que aquel le espe-

tó: “¿Qué es la verdad?” (Jn 18,38). En efecto, Pilato, sin esperar contestación alguna, salió al lugar donde estaban reunidos los judíos para decirles: “No encuentro ningún delito en este hombre”, y les ofreció liberarlo. Sin embargo, el populacho, debidamente azuzado por los fariseos, con sus gritos y consignas presionó para que se exculpara a Barrabás, un bandido (Jn 18, 38-40). Consciente de la inocencia de Cristo, Pilato intentó calmar al vulgo haciéndolo azotar; y volvió a exhibirlo, ahora con una corona de espinas; entonces, reafirmando la inocencia del acusado, dijo: “¡Este es el hombre!” (Jn 19, 1-5). Poco después, lo entregó a los jefes de los sacerdotes para que fuera crucificado.

La enigmática expresión de Pilato puede interpretarse como una magnífica intuición de que Cristo es el arquetipo de integridad y coherencia de vida, contrariamente a la cobardía que su conciencia le reprochaba al gobernador romano. Aquella fue una muy certera intuición, ya que Cristo es la Verdad en tanto “el verdadero hombre” que todos deberíamos llegar a ser. Por sobre el cumplimiento de normas, el llamado es a “ser otros cristos”, procurando amar, servir y perdonar a nuestro prójimo. Se trata de “hacer la verdad” con nuestras obras, configurándonos con Cristo, de modo de alcanzar una verdad tan vital que nos hará libres (Jn 8, 32) y dará sentido a nuestra vida. En definitiva, Cristo es una verdad que no se aprehende cuantificándola, sino realizando rectas acciones.